

ACOTACIONES Y LITERATURA TEATRAL

Fernando Almena

Surge la polémica, siempre, entre lo innovador y lo imperecedero, de lo vivo, jamás de lo obsoleto u olvidado. Tal sucede con el uso de las acotaciones en el texto teatral, cuya justificación o innecesaria presencia suscita no pocas controversias y, cuando menos, inquietudes en ciertos ámbitos teatrales, de modo especial en el de la autoría.

La acotación se enraíza en la más pura tradición teatral, y no es preciso, aun siéndolo, remontarnos a los clásicos, pues ya la encontramos asentada y acreditada en nuestros más cercanos predecesores. Sin embargo, en las últimas décadas aparece el texto teatral sin apenas acotaciones en diversos autores. Viene a coincidir con el apogeo de la figura del director teatral, cuando no con su endiosamiento, al que el autor, si le permite disponer a su albedrío de su texto, de interpretarlo, modificarlo, tergiversarlo e incluso destruirlo, cómo va a atreverse siquiera a insinuarle o sugerirle en él cualquier indicación. Puede refugiarse el autor en múltiples razones para justificar el no uso de acotaciones, desde su libérrima y muy respetable voluntad hasta su afán por evitar imposiciones o influencias en el director o coartar su capacidad creativa, o emplear cualquier eufemismo antes que admitir su doblegamiento ante el omnisciente director si la fortuna lo colocara en el feliz trance de ser representado. Aparte pretendidas excentricidades vanguardistas, entre las que, además de la carencia de acotaciones, se incluye la supresión de cualquier signo de puntuación, como si careciera de importancia que el autor marque o destaque determinado ritmo o intencionalidad y solo se persiguiera favorecer la libre interpretación, que lleva aparejado también el riesgo del equívoco.

Hoy, cuando la equidad parece que se impone y sitúa tanto a autor como a director en la realidad de sus primordiales y diferentes cometidos, parece que la acotación experimenta menor rechazo. Incluso he oído a acreditados directores mostrarse propensos a que exista, ya que, más que perjudicar, coadyuva a la necesaria comunión entre ambos.

En que el fin esencial de una obra teatral sea su puesta en escena parece que existe unanimidad, aunque ha de admitirse que previamente ha de ser leída, y en todo caso lo uno no empece lo otro. El ahonde y deleite que permite la sosegada lectura de una obra de teatro complementa la enriquecedora visión, previa o posterior, de su puesta en escena, y aun cuando esta no sea posible.

Las acotaciones en un texto teatral son la expresión íntima de cómo el autor imagina y vive su creación y de cómo quiere transmitirla desde su punto de vista de creador. Normalmente enriquecen la calidad literaria del texto, forman parte intrínseca de la obra literaria que este supone, porque el teatro es literatura, tanto como cualquier otro género. El teatro también se lee. Razón por la que el autor debería procurar el enriquecimiento de sus textos, no solo en la altura de los diálogos sino también en la de las acotaciones.

Numerosos son los autores cuyas acotaciones son paradigmáticas por su calidad literaria y expresiva. Como representativo cabe citar a don Ramón del Valle-Inclán, cuyas acotaciones a veces logran superar al propio texto dialogado. En ocasiones el director, ante la calidad literaria de las acotaciones, se siente tentado a incluirlas como un parlamento más, y de hecho ya ha ocurrido en alguna representación de Valle.

Creo que el autor teatral no debería renunciar a su categoría de escritor, no limitarse a esbozar unos cuadritos escénicos, unos *sketchs*, sin mayor pretensión que facilitar diálogos para la puesta

en escena, sino perseguir ese valor retórico que debe poseer toda obra literaria, al que las acotaciones contribuyen de forma muy notable.

Las acotaciones, además de proporcionar al director la visión del autor, son un medio eficaz de orientación y ayuda a los numerosos grupos de teatro no profesionales para la puesta en escena, cuyas dificultades en muchas ocasiones trascienden a la buena voluntad. Pero no menos importante ayuda es la que prestan al lector, no siempre avezado, en su esfuerzo imaginativo para seguir o representarse lo que le sugiere el texto, a veces abstruso o ininteligible sin el auxilio de las acotaciones. De hecho, en muchos casos un texto representado resulta comprensible, pero confuso en su lectura. Y aún más, existen numerosas obras de las que, por su dificultad expresiva e intelectual, el lector medio abandonaría su lectura tras las primeras páginas.

El reconocimiento del papel y relevancia de las acotaciones no significa su validez en todo caso. La acotación no debe contener lo obvio, lo que puede deducirse del propio parlamento. De hecho, en ocasiones el autor la sustituye por el recurso, llamado decorado verbal, consistente en ofrecer indicaciones sobre la escena y el decorado de forma implícita en el parlamento. Tampoco las acotaciones definirán el carácter de los personajes, que deberá inferirse del propio comportamiento, que mal podrían fijar una virtud o defecto de un personaje si, luego, su actuación resultara la contraria.

La única limitación a las acotaciones debe establecerse en las cada vez más extendidas lecturas dramatizadas, en las que solo algunas acotaciones deben ser leídas, cuando contribuyan de modo claro a la comprensión del espectador, pues, al ser lectura, no pueden definirse determinados rasgos de vestuario o movimientos. En cambio de otras, resulta ridícula, cuando no hilarante, su lectura, y a veces se hace, ya que se produce una reiteración y una obviedad en lo que dice la acotación con respecto a lo que en ese instante interpreta el actor que lee, tal que: ríe, grita, tartamudea...

En esta polémica sobre las acotaciones, en consecuencia, me declaro partidario de su existencia y cuidado, así como de cuanto contribuya a esclarecer, prestigiar y ennoblecer la literatura teatral, a propalarla y a incitar su lectura, fin tan digno como la representación, sin quitarle a esta su carácter prioritario, que permita la investigación, el fomento y el conocimiento de ciertas obras y del teatro para quienes cuentan o no con la posibilidad de verlo representado. Ha de admitirse que teatro en nuestro país solo lee una minoría, en gran medida porque no se fomenta. El autor, en general, solamente aspira al estreno, pero muchos de nuestro infatigables y persistentes autores, habida cuenta de las dificultades para conseguirlo, se sentirían motivados y en buena medida compensados en su esfuerzo si sus obras alcanzarán al público por medio de la lectura.